

MUERTE EN EL III REICH

Dentro de unos meses se cumplirá el cuarenta aniversario de la creación del primer campo de concentración (Dachau, 22 de marzo de 1933). ¿El primer campo de concentración? Sería demasiado optimista situar la barbarie humana en una fecha tan próxima; y sería por lo menos arriesgado creer que había terminado con la derrota de Alemania nazi y situar el mal en un solo punto, en un solo sentido. Ni siquiera el invento es alemán o nazi. Andersonville, un siglo antes, en la guerra de Secesión... ¿Y antes? ¿Y ahora?

De todas formas, la historia de los campos de concentración nazis instalados cincuenta días después de la toma del poder por Hitler y mantenidos durante doce años, pesan como una losa sobre nuestro tiempo. Es una historia que conviene conocer, que conviene ahondar: es una forma de conjurar la barbarie.

Dos libros de ahora —de ahora en España— recogen, de una manera contrapuesta, algunas experiencias de esa historia. Uno de ellos es «Los SS tienen la palabra», de Vicenzo y Luigi Pappalètera; el otro, «Cartas de los condenados a muerte víctimas del nazismo»: los dos editados por Lala (Barcelona). Son, uno y otro, escalofriantes. Llegan a nuestro país con retraso, si es que hay retraso en un fragmento de vida real contemporánea, y si es que la palabra actualidad puede referirse a ellos. La actualidad, desgraciadamente, no falta, no escasea en sucesos de esta índole. Sólo que hoy son vergonzantes, disfrazados. Como lo fueron estos mismos en su tiempo.

En 1954 Thomas Mann —casi octogenario, le faltaba un año para serlo, pero le faltaba algo menos para morir— tuvo conocimiento de las cartas de los condenados a muerte y escribió para ellas un prólogo que sería uno de sus últimos escritos. Un prólogo en el que se recogen algunos de estos testimonios, a los que las reflexiones de Thomas Mann hacen contemporáneos no sólo de su tiempo real, sino de todos los tiempos. Publicamos aquí ese prólogo, previa autorización de la Editorial Lala de Barcelona, como una introducción a la recomendada lectura no sólo de ese libro, sino de su paralelo «Los SS tienen la palabra».

El testimonio de los condenados

Leyendo estas cartas de condenados a muerte, me venía continuamente a la memoria el recuerdo de una narración de León Tolstói titulada Divino y humano, escrita en 1905, en el último período de la vida del gran escritor épico. La narración transcurre en la década de los setenta del siglo pasado, "cuando la lucha entre los revolucionarios rusos y el gobierno había alcanzado su punto culminante", y describe con incomparable profundidad los últimos días de un estudiante de la Universidad de Odesa, Svetlogup, quien, implicado —por patriotismo y noble imprudencia— en una conspiración política, es condenado a la horca. Con él lo revivimos



El foso de Mauthausen. Al fondo, la escalera de la muerte. El 22 de marzo de 1933 se inauguró el campo de Dachau. Este mismo año el de Sachsenhausen, en 1937, el de Buchenwald; en 1938, el de Mauthausen; en 1939, los de Flossenbürg y Ravensbrück. Del 40 al 43, ocho más, entre ellos Auschwitz, y otros cuatro en los territorios ocupados del Este, durante la guerra (Trblinka, entre ellos).

todo: la incapacidad de un ser joven y en pleno desarrollo para comprender el sentido del veredicto que se le comunica, para aceptar la propia aniquilación, para creer que los hombres ejecutarán realmente lo que han decretado en su contra; los reproches que se hace a sí mismo por la desesperación de su pobre madre, y, al mismo tiempo, el orgullo de su propio valor, de la fuerza de carácter de que ha dado prueba al negarse tenazmente a revelar el nombre de la persona de quien ha recibido la dinamita que han hallado en su poder. Todo esto y muchas otras cosas más: sus reflexiones acerca de la naturaleza de la muerte y de lo que habrá después de la misma; el malestar que le embarga cuando, llegado al lugar de la ejecución, descubre el palo con el madero del que cuelga la soga, que oscila ligeramente al viento; sus últimos encuentros sobre el cadalso, con el sacerdote y con el verdugo. Todo esto se convierte —gracias a la gran simpatía

y conocimiento del alma humana propia del escritor— en experiencia nuestra, y resulta sorprendente constatar cuantas intuiciones suyas volvemos a encontrar en los documentos reales que se publican en este libro.

"Querida, queridísima... —escribe el joven Svetlogup a su madre, y empieza a llorar—. Perdóname, perdóname por haberte ocasionado todo este dolor. Me haya equivocado o no, no podía hacer otra cosa. Sólo una cosa te pido: ¡perdóname!... No te aflijas por mí. Un poco antes o un poco después, ¿no viene a ser lo mismo? No tengo miedo y no me arrepiento de lo que he hecho. No podía hacer otra cosa. Tan sólo perdóname. Y no estés enfadada con nadie, ni con los que he trabajado, ni con los que me van a ajusticiar... Perdónales, porque no saben lo que hacen. No me atrevo a repetir estas palabras para mí, pero están en mi corazón, me consuelan y me tranquilizan. ¡Perdona! ¡Beso tus queri-

das, rugosas y viejas manos!... Lloro —añade, cuando dos lágrimas, una tras otra, han caído y se han extendido sobre el papel—, pero no lloro de dolor o de angustia, sino conmovido a la espera del momento más solemne de mi vida, y porque te quiero... No temo la muerte. A decir verdad, no la comprendo y no creo en ella".

"Perdóname, querida madre —escribe, ahora en la realidad, en noviembre de 1942, unas horas antes de la ejecución, el combatiente austriaco de la Resistencia Mitterdorfer—, perdona que haya tenido que ocasionarte este dolor. A menudo he pensado si era esto verdaderamente necesario, si quizá no hubiera debido obrar de otra manera, pero llego siempre a una misma conclusión: 'no podía hacer otra cosa'... y no me arrepiento. Mi vida ha sido justa y honrada, y así sabré morir. Querida madre, sé muy bien cuán intensamente te afectará mi muerte. Puedo imaginar perfectamente lo duro que debe ser para una madre enterrar a un hijo por el que ha dado tanto trabajo, tantas solicitudes, tantas horas, tantos días y tantas noches... Es un hecho que los hijos causan siempre preocupaciones a los padres, pequeñas mientras son pequeños, y, luego, a medida que se van haciendo mayores, preocupaciones cada vez más grandes... Ni siquiera he podido volver a verte, mi querida madre; pero veo tu rostro y te siento cerca, muy cerca de mí. Pensando en ti digo adiós al mundo. Te doy las gracias una vez más por todo el bien y el amor que me has dado. Sólo una cosa tengo aún que pedirte: por lo mucho que te quiero, sé valiente y fuerte...".

Admiramos la poesía porque sabe hablar como la vida, pero nos conmueve doblemente la vida, pues, sin saberlo, habla como la poesía.

De modo parecido escribe, en francés, Fernand Volral de Charleroi:

"Mamá mía... Os pido perdón a todos por el dolor que os causo, pero sé que me perdonaréis. La causa que defiendo es justa, es sagrada. Que mis compañeros sepan que no he dudado nunca de su triunfo... Mis antiguas compañeras de prisión vendrán seguramente a saber noticias mías. Les dirás que he sabido aceptar mi destino con calma y que me he mostrado digna hasta el final...".

Digna hasta el final. Otro llega incluso a exhortar a su padre a que se muestre digno de su hijo conteniendo su propio dolor. Otro espera que su hijo, cuando sea mayor, se muestre digno de su padre, y el "adiós, que os podáis todos mostrar dignos de mí" se repite continuamente. "A todas las preguntas, de cómo y de quién había obtenido la dinamita, Svetlogup se negó a responder", cuenta Tolstói. Así son en realidad todos, alrededor, de 1943 en toda Europa, como setenta años antes en Rusia. Muchos de ellos han sido torturados larga y brutalmente para que hablasen; pero han callado, y se sienten irresistiblemente orgullosos de ello, pues el pensamiento de haber superado la terrible prueba y de ser por ello

recordados con honor "hace más fácil la dura muerte".

"Querido papá y querida Mammy... —escribe Guy Jacques, de diecinueve años, fusilado en Lieja en 1944—. En la Kommandantur me han interrogado, han querido hacerme hablar. He sido golpeado, atado a una mesa, con latigazos que caían como la lluvia. Pero nunca, de veras, nunca, he dicho el nombre de nadie. Habría podido salvar mi cabeza, pero he preferido no hacer ni decir nada que pudiese traicionar a la patria. Comprenderás que, después de todo esto, tengo valor suficiente para ser fusilado; lo que es una insignificancia frente a todo lo que he soportado. Algunas personas deben estar agradecidas por no haber dicho su nombre. Y ahora estoy orgulloso de mí, porque lo he resistido todo y he salvado muchas vidas". Y firma: "Guy Jacques, siempre belga, muerto por la patria". Pero para que a lo heroico se mezcle un acento ligeramente cómico, y conmovedor hasta las lágrimas (el acento que también Tolstoi, movido por el sentido de la variedad, había sabido introducir en la historia de un mártir), el joven continúa y se repite, insistiendo: "Una última palabra para deciros que por mi parte nunca he denunciado o inculcado a nadie, a pesar de los numerosos latigazos que he recibido para hacerme hablar. Hubiera podido salvar mi cabeza de muchas maneras, pero he preferido ser fusilado antes que traicionar; de este modo, muero como un hombre y orgulloso de mí mismo. Guy Jacques".

En el fondo, de lo que están orgullosos es de su fe, que es la fuente de su firmeza, y que no es necesariamente una fe religiosa en el sentido propio y más estricto de la palabra. Algunos son religiosos, y lo son a veces casi en broma, como cuando prometen "preparar un buen sitio en el cielo" a los que les son queridos. A veces parece que consideran la religión como un modo de consuelo para los demás, sin tener ellos necesidad de la misma, y aconsejan a los que se quedan: "Rezad por nosotros. Os hará bien". En otra parte se habla del cielo y de volverse a encontrar allí arriba con una convicción sencilla y pura: "Nos encontraremos pronto los cuatro en el cielo". El más hermoso testimonio del don de fe católico-cristiana es la carta que el sacerdote alemán Hermann Lange escribe a sus padres antes de su ejecución: "Si me preguntáis cómo me siento, tan sólo puedo responder: estoy serenamente conmovido y lleno de una gran expectación. Hoy se acaba para mí todo sufrimiento, toda miseria terrena, y 'Dios secará toda lágrima de sus ojos'. Qué consuelo, qué admirable fuerza emana de la fe en Cristo que nos ha precedido en la muerte. He creído en Él, en Él creo hoy más firmemente y sé que no seré destruido... ¿Qué puede ocurrirle a un hijo de Dios? ¿Qué debe temer?... Mirad, los lazos de amor que nos unen no se rompen con la muerte. Pensad en mí en vuestras oraciones, pensad que estaré siempre con vosotros, ahora que para mí ya no existirán límites de tiempo y de espacio...".



Himmler visita el foso de Mauthausen en compañía de Elgruber, Ziereis y Kaltenbrunner. Esta foto fue un documento de acusación para Kaltenbrunner en el proceso de Nuremberg. La había conservado el ex deportado Francisco Bolx.

"Estaré siempre con vosotros": esta idea domina también a aquellos que se muestran indiferentes o bien hostiles a la religión y, como Fernand Volral, declaran en su última hora: "He mantenido siempre mis convicciones, he seguido siendo ateo". Antes bien, es curioso constatar que los que no hablan de Dios y del cielo encuentran la expresión más elevada, más espiritual y más poética para la idea de la supervivencia: "Hoy muero, estamos en mayo, somos cuatro en la celda esperando la separación. Estaré con vosotros, entre vosotros, me sentaré con vosotros en el banco del jardín, mi espíritu estará siempre con vosotros... Por la mañana, con la aurora, os sonreiré; con el ocaso, os saludaré. Que el amor y no el odio domine el mundo...". "Yo no soy más que una pequeña cosa, y mi nombre será pronto olvidado, pero la idea, la vida y la inspiración que me embargan continuarán viviendo. Las encontraréis en todas partes, sobre los árboles en primavera, en los hombres por el camino, en una breve y dulce sonrisa. Encontraréis lo que tuvo un valor para mí, lo amaréis y no me olvidaréis. Creceré y me haré maduro, viviré en vosotros, cuyos corazones he ocupado, y vosotros continuaréis viviendo, porque tenéis que saber que me encuentro delante de vosotros y no detrás, como quizá estabais inclinados a creer... No soy viejo, no debería morir, y sin embargo me parece algo natural y sencillo. Tan sólo el modo brusco es lo que me asusta en su primer momento. El tiempo es breve, los pensamientos son muchos. No comprendo por qué, pero mi espíritu está tranquilo...".

Las primeras son palabras de un joven checo; de un partisano danés, las otras. Un joven francés torturado por la Gestapo, y seguidamente fusilado sin proceso, añade la siguiente imagen, que ha impresionado particularmente: "Puesto que no tengo religión, no he profundizado en la meditación de la muerte. Me considero un poco como una hoja que cae del

árbol para formar mantillo. La calidad del mantillo dependerá de la de las hojas. Me reftero a la juventud francesa, en la que depositó todas mis esperanzas...".

"Puesto que no tengo religión" no es una expresión correcta, es un error. Ya que donde hay amor, fe y esperanza, hay también religión. "Victoria o martirio —se dice a sí mismo el Sventlogup de Tolstoi—, y también el martirio es una victoria: una victoria en el futuro". Todos estos moribundos creen en el futuro; no pueden menos que creer que su muerte fecundará el futuro, y que, si descienden tan jóvenes a la tumba es "para formar mantillo". "¿Sabes, papá? Es hermoso morir en la esperanza de un futuro mejor para toda la humanidad". "Creo que después de esta guerra comenzará una vida de felicidad". Este motivo se repite continuamente, y el corazón se encoge al pensar en lo que ha surgido de la "victoria en el futuro", de la fe, de la esperanza de esta juventud, y en el mundo en que vivimos.

Vivimos en un mundo de pérdida regresión, en el que un odio supersticioso y ávido de persecuciones se une al terror y al pánico; en un mundo a cuya insuficiencia intelectual y moral el destino ha confiado armas destructi-

El mariscal Hans Spatzenegger. Le llamaban «El nazi», era el torturador en el foso de Mauthausen.



vas de horrible violencia, acumuladas con la loca amenaza —"si así ha de ser"— de transformar la tierra en un desierto envuelto en brumas venenosas. El descenso del nivel cultural, la paralización de la cultura, la postrada aceptación de las injusticias de una justicia politizada, la jerarquización, la ciega avidéz de ganancias, la decadencia de la lealtad y de la fe, producidos o, en todo caso, promovidos por dos guerras mundiales, son una mala garantía frente al posible estallido de la tercera, que significaría el fin de la civilización. Un conjunto de fuerzas perturba la democracia y la empuja a los brazos del fascismo, al que ésta derribó tan sólo para, apenas en el suelo, ayudarlo a ponerse en pie, para destruir —quiera los encuentre— los gérmenes de lo mejor, y mancharse con inómbles alianzas.

Superadas y rechazadas por la vida, ¿han sido inútiles la fe, la esperanza y la voluntad de sacrificio de una juventud europea que, si bien asumió el hermoso nombre de Résistance, de la resistencia internacional y unánime frente a la destrucción de sus propios países, frente a la vergüenza de una Europa hitleriana y el horror de un mundo hitleriano, no quería simplemente "resistir", sino que creía ser la vanguardia de una mejor sociedad humana? ¿Ha sido en vano? ¿Inútil, desperdiciado su sueño y su muerte? No, no puede ser. No ha habido idea por la que los hombres hayan combatido y sufrido con corazón puro, y dado su vida, que haya sido destruida. No hay idea que no haya sido realizada a costa de asumir todas las deficiencias de la realidad, pero adquiriendo con ello la vida. Era infantil el pensamiento de un chico de diecinueve años: "Después de la guerra comenzará una vida feliz". La tierra no es la sed de la felicidad y de la moralidad pura, y nunca puede llegar a serlo mediante una guerra —aunque sea la guerra más justa y más necesaria—. Pero el impulso de acercar la vida humana al bien, a lo que es conforme a la razón y querido por el espíritu, es un deber impuesto desde lo alto, que ningún escepticismo puede anular, y ningún quietismo puede eludir. A pesar —y a través— de todas las derrotas, tiene toda la vida para sí. En estas cartas de despedida, cristianos y ateos coinciden en su fe en la supervivencia que tranquiliza su espíritu. "Estaré siempre junto a vosotros". "La vida y el sentimiento que están en mí, no morirán". "Creceré y me haré maduro, viviré en vosotros...". ¿Quién podría dudarle? ¿Quién puede creer que en todos los países de Europa de los que provienen estas cartas se haya combatido en vano por la libertad? El futuro acogerá y prolongará estas vidas sacrificadas, en el futuro "crecerán y madurarán". En el frontispicio de este libro, que es un monumento, se habría podido poner como lema las palabras que un joven obrero francés escribió pocas horas antes de su ejecución, en febrero de 1944: «J'espère que le souvenir de mes camarades et le mien ne sera pas oublié, car il doit être mémorable». ■ THOMAS MANN.